

## CAPÍTULO XXXVIII.

### ENTRADA DE PIO IX EN ROMA.

No puede negarse que la entrada de Pio IX en Roma fue un verdadero triunfo. Pocas veces aquella egregia ciudad estuvo tan expansiva al recibir los caudillos que alcanzaran acrecentar su gloria á costa de inmensos sacrificios. Los triunfos de los Papas se distinguen de los de los antiguos generales en que sus laureles no rocian con ninguna gota de amargura los corazones ajenos. La paz es el espíritu de las victorias pontificias.

Roma presenci6 muchas y espléndidas entradas triunfales en el decurso de la historia.

Dos clases de triunfos conocian los romanos, los triunfos mayores y los de menor importancia, que se conocian con el calificativo de ovaciones.

Rómulo, vencedor de Acron, instituyó la fiesta triunfal. Tomó una encina en la que colgó los despojos de su vencido rey, y entró en Roma coronado de laurel, llevando apoyado sobre el hombro aquel trofeo de la victoria; subi6se al monte Capitolino, en donde, en memoria del hecho, delineó el espacio que debia ocupar el templo de Júpiter, á cuya divinidad consagró la encina simbólica.

Orosio cita trescientas veinte fiestas triunfales desde Rómulo á Vespasiano y Tito. Entre ellas las mas célebres fueron las dedicadas á Manlio Volso el año 281 de Roma; á Marcelo el año 531; á Escipion el Africano el año 549; á Q. Flamio el año 556; á Marco Fulvio el año 561; á Paulo Emilio el año 586; á Escipion el J6ven el año 607; á Mummio el año 608; á Mario el año 672; á Sila en el mismo año; á Pompeyo cuando triunfó por tercera vez en 693; á Julio César y Augusto, y al emperador Vespasiano, que hizo llevar en triunfo la ley de Moisés con los ornamentos y los vasos sagrados del templo el año 71 despues de la venida de JESUCRISTO. El emperador Aureliano entró con

extraordinaria pompa, llevando cautivos á Tétrico, rebelde de las Galias, y á la reina Zenobia.

El triunfador, coronado de laurel y con un ramo en la mano, dirigia una proclama al pueblo y al ejército, al que distribuia una parte de los despojos del enemigo. El séquito del vencedor, era precedido de una multitud de trompetas bélicas, y luego de los toros destinados al sacrificio, cuyos cuernos, muchas veces dorados, eran convertidos en piramidales ramilletes. Pelotones de jóvenes soldados exhibian los despojos del enemigo y esculturas representando las ciudades y naciones vencidas, trabajadas en oro, plata, maderas exquisitas y á veces en cera. Tambien se ostentaban en trabajos escultóricos las figuras de los rios y principales lugares sometidos al imperio romano. Los reyes y los capitanes cautivos seguian aquellos trofeos rapada la cabeza, en señal de cautiverio, y llevando colgadas al cuello cadenas de oro, plata ó hierro, rodeados de tañedores de flauta y otros instrumentos. Junto á ellos un bufon denigraba con irónicos relatos la dignidad de los vencidos.

El triunfador iba en una carroza en forma de torre, tirada por cuatro caballos blancos ó elefantes ricamente enjaezados, aunque en este punto lucieron gala de caprichosos los héroes de aquellas festivales, pues de Heliogábalo se cuenta que hizo arrastrar su coche por tigres y leones, y Aureliano por ciervos.

Los triunfadores, que primero iban coronados de laurel, trocaron despues las tiernas hojas por artísticas coronas de oro; el vestido acostumbraba ser de púrpura, bordado de palmas.

Seguian al carro triunfal los senadores y la milicia romana.

Al llegar al Capitolio el vencedor inmolaba un sacrificio á Júpiter, celebrándose luego un espléndido banquete. Tertuliano hace notar que durante la pompa del triunfo un oficial iba pronunciando en alta voz junto al caudillo: *Acordaos que sois hombre.*

La festival de este género que puede tomarse por tipo es la de Paulo Emilio; consagráronse á ella varios dias. En la primera jornada Roma vió entrar muchos carros con infinidad de estatuas raras y soberbios cuadros tomados á las conquistadas ciudades; en la segunda jornada llegaron en triunfo las armas de los macedonios seguidas de trescientos hombres llevando setecientos cincuenta vasos llenos de monedas de plata y una multitud de copas y ánforas preciosas; en la jornada tercera numerosas bandas de música se dirigieron al Capitolio, precediendo á ciento veinte bueyes blancos, con los cuernos dorados y enramados, conducidos por jóvenes elegantes que llevaban hachas de oro para la inmolacion, ochenta y siete vasos llenos de oro y la dádiva consagrada á los dioses, que era una ánfora de oro macizo empotrada de piedras preciosísimas. Los vasos de los vencidos Perseo, Antígono y Seleuco, junto con las coronas y diademas del primero, eran llevados por oficiales distinguidos. Perseo seguia vestido de negro, acompañado de su hijo y de una cohorte de conturbados amigos.

Cuatrocientas coronas de oro, tributo de las provincias, eran llevadas por distinguidos soldados inmediatamente antes del gran capitán, que entró sentado en una carroza cubierta de tisú de oro y púrpura, escoltado por el ejército que cantaba himnos de regocijo.

El dia del triunfo el Emperador se trasladó fuera de la ciudad, cerca del templo de Isis, en el que el caudillo victorioso inmoló un sacrificio con la

cabeza cubierta, y concluido este acto, desfilaron ante él los diversos órdenes de sacerdotes, precedidos de las imágenes de sus respectivas divinidades, y seguidos de carros en los que se ostentaban los vestidos é instrumentos sagrados. Cada orden se mantenía debidamente separada de las demás por medio de cuerpos de danzantes y músicos. Las vestales y los bacanales asistían también con sus bufones ó pantomimos.

Con tan exageradas formas aquella civilización material y sensualista glorificaba á sus héroes. La grandeza de las celebridades de aquella época estaba en razón directa de la abyección de los desventurados.

*Væ victis!!!* hé ahí la expresión completa del sentimiento dominante en el pueblo romano embriagado con la sangre de los derrotados.

Semejantes espectáculos, divinización de la fuerza, nada decían al corazón; la sangre, la esclavitud y la tiranía son incapaces de despertar en el alma ningún sentimiento generoso.

Los triunfos de Paulo Emilio, de Pompeyo, de César, de Vespasiano, moralmente eran mudos; el espíritu permanecía glacial y seco ante el descompasado acento de su loca alegría.

Aquellas fiestas espléndidas costaban ríos de sangre; pirámides de víctimas se inmolaban exclusivamente para labrar la auréola de un hombre que más de una vez al llegar á los resplandores del Capitolio era precipitado al abismo de la roca tarpeya.

En sus entradas en Roma los Papas no han tenido necesidad de hacer ostentación de riquezas y de poder.

Ellos conquistaron la corona no matando sino muriendo; la humildad es la virtud característica de la grandeza pontificia.

Pío IX entró en Roma, no precedido de reyes cautivos, ni de turbas de esclavos, ni de ánforas de oro llenas de tesoros, ni de pregoneros heráldicos de sus conquistas; entró precedido de rasgos de apostólica magnanimidad.

Toda la esplendidez materialista de los caudillos cesáreos queda eclipsada con la lectura del decreto que insertamos á continuación, en el que resplandece el espíritu de la más acrisolada grandeza.

«La Comisión de Gobierno. — La Santidad de nuestro Señor, tomando en consideración la naturaleza de las circunstancias que atenúan la culpabilidad de muchos de los amados súbditos que tomaron parte en las turbulencias políticas ocurridas últimamente en los Estados pontificios, y deseando dar una nueva prueba de la benignidad de su corazón verdaderamente paternal, usando de la plenitud de su poder para bien de tantos hombres extraviados, seducidos tal vez más que seductores, nos ha mandado manifestar en su augusto nombre lo que ha tenido á bien ordenar en conformidad al artículo 6.º del *motu proprio* dado en Roma á 12 del corriente mes.

«Por tanto, cumpliendo con las veneradas órdenes de Su Santidad, nos apresuramos á publicar las disposiciones siguientes:

«Por orden de Su Santidad indulto general de las penas en que han incurrido los que han tomado parte en la revolución que acaba de tener lugar en los Estados pontificios.

«Se exceptúan de esta gracia:

«Los miembros del Gobierno provisional;

«Los miembros de la Asamblea constituyente que hayan tomado parte en las deliberaciones de la misma;

«Los miembros del Triunvirato y del Gobierno de la república;

«Los jefes de los cuerpos militares;

«Los que, habiendo gozado del beneficio de la amnistía concedida anteriormente por Su Santidad, y habiendo faltado á la palabra que habían empeñado, se han mezclado en los desórdenes que acaban de trastornar los Estados de la Santa Sede;

«Los que, además de los delitos políticos, se han hecho reos de otros delitos ordinarios, previstos por las leyes penales que en la actualidad están vigentes.

«La presente amnistía no producirá efecto alguno relativamente á la conservación de los empleos por parte de aquellos que se hubieren hecho indignos de obtenerlos por su conducta durante los últimos acontecimientos. Esta excepción es aplicable á los militares de todas armas y á los empleados del ramo militar.

«Dado en Roma, en nuestra residencia del Quirinal, á 18 de setiembre de 1849. — G., cardenal della Genga Sermattei. — L., cardenal Vannicelli Casani. — L., cardenal Altieri.»

¿No es más glorioso levantarse sobre un pedestal de espléndida misericordia, como la que se revela en el anterior decreto, que fijar la pompa personal en los sacrificios, opresiones y esclavitudes que caracterizaban los triunfos de los más célebres conquistadores?

El pueblo que lloraba la orfandad de su Pontífice y Rey quiso hacer gala de sus sentimientos de fidelidad convirtiendo á la capital del orbe en un continuo arco de triunfo. Los habitantes de la ciudad en masa, y bien puede asegurarse que toda la población de los alrededores de Roma, llenaban con anticipación á la llegada de Pío IX las plazas y las calles.

La entrada tuvo lugar el día 12 de abril.

Las tropas de los ejércitos romano y francés tomaron posición en toda la línea desde la basílica de San Juan de Letrán á la de San Pedro.

El camino de Albano, que era el que debía recorrer Pío IX en su itinerario, presentaba en las inmediaciones de Roma la más sorprendente perspectiva. Una muchedumbre inmensa entapizaba el horizonte, hermojeando el conjunto la variedad de colores y de trajes de los que constituían aquella extensísima alfombra.

Á medida que se acercaba la hora designada inflamábase más en el público el deseo de saludar al esperado Monarca.

El efecto producido por la aparición de Pío IX es indescriptible. Millares de rodillas se inclinaron hasta tocar al suelo; millares de frentes se elevaron para enviar una mirada simpática al perseguido Pontífice; millares de voces prorumpieron en *vivas á Pío IX*, á *la Religión*, á *la Iglesia romana*. Las aclamaciones sofocaban el estruendo de las baterías que saludaban al egregio recién venido.

Grupos de eclesiásticos esparcidos por entre las seglares muchedumbres repetían el *hosanna al Hijo de David*; otros clamaban: *Bendito sea el Rey de Israel que viene en nombre del Señor*.

El Capítulo de canónigos de San Juan, precedido de los pabellones de las siete basílicas mayores, se adelantó hasta á la augusta persona de Pío IX.

La basílica *señora y madre de las catedrales del mundo* se hallaba espléndidamente ataviada como *la esposa para recibir al esposo*. Las magnificencias

de la historia, de la Religión y del arte se desplegaban con suntuosidad imponente.

Al entrar Pío IX en aquel santuario augusto, como si una chispa eléctrica hubiera tocado todos los corazones, sintióse una conmoción repentina y general. De todos los ojos saltaban lágrimas brillantes, elocuente expresión de la ternura y de la fe del alma.

Pío IX, que tiene el privilegio de la impassibilidad, era quizá el único que conservaba el dominio de sí mismo en medio de aquella agitación—casi dirémos impetuosa—de sentimientos.

El corresponsal de la *Gaceta del Mediodía* de Francia decía ocupándose de aquel acto: «En el mismo punto de entrar Pío IX en la basilica, un rayo de sol penetrando por uno de los ventanales superiores rodeó su frente con la «auréola de luz, simbólica de la santidad.»

Pío IX oró algunos momentos ante aquel altar, depósito de reliquias preciosas, por ser recuerdos monumentales de los combates y victorias de la Iglesia.

Luego se dirigió á San Pedro, atravesando las principales calles, manchadas algunas semanas atrás por crímenes alevosos y por indecorosas obscenidades.

Ciento cincuenta mil cristianos aplaudían la Santidad que venía á purificar con su contacto el aire corrompido de la nueva Jerusalén transformada por las revoluciones en asquerosa Babilonia.

Pío IX, rodeado con todo el esplendor de los mejores días del gobierno temporal, recorrió el Foro trajano, la plaza de los Santos Apóstoles y la de Venecia, la calle Pontificia y el puente de San Ángel (1).

Los cantos de la victoria, los aplausos del pueblo, las profesiones de fe y de amor de los fieles no cesaron ni un punto en todo el largo trayecto.

Pío IX entró en la gran basilica Vaticana: jamás se oyó cantar con mas propiedad el *Ecce sacerdos magnus qui in diebus suis placuit Deo*.

La protección que el cielo había dispensado á su persona y á su trono era la confirmación de la divina complacencia respecto al que es á la vez: *Siervo de los siervos de Dios, y Soberano de los soberanos de los hombres*.

Aquel día la basilica de Pedro no pudo contener todo el mar de fieles que á ella se dirigía. Raras veces ha sucedido que no se encuentre lugar á la sombra de aquel gigantesco manto extendido por el genio religioso, como real tienda de campaña á la que la humanidad entera es invitada á orar, á admirar y consolarsé.

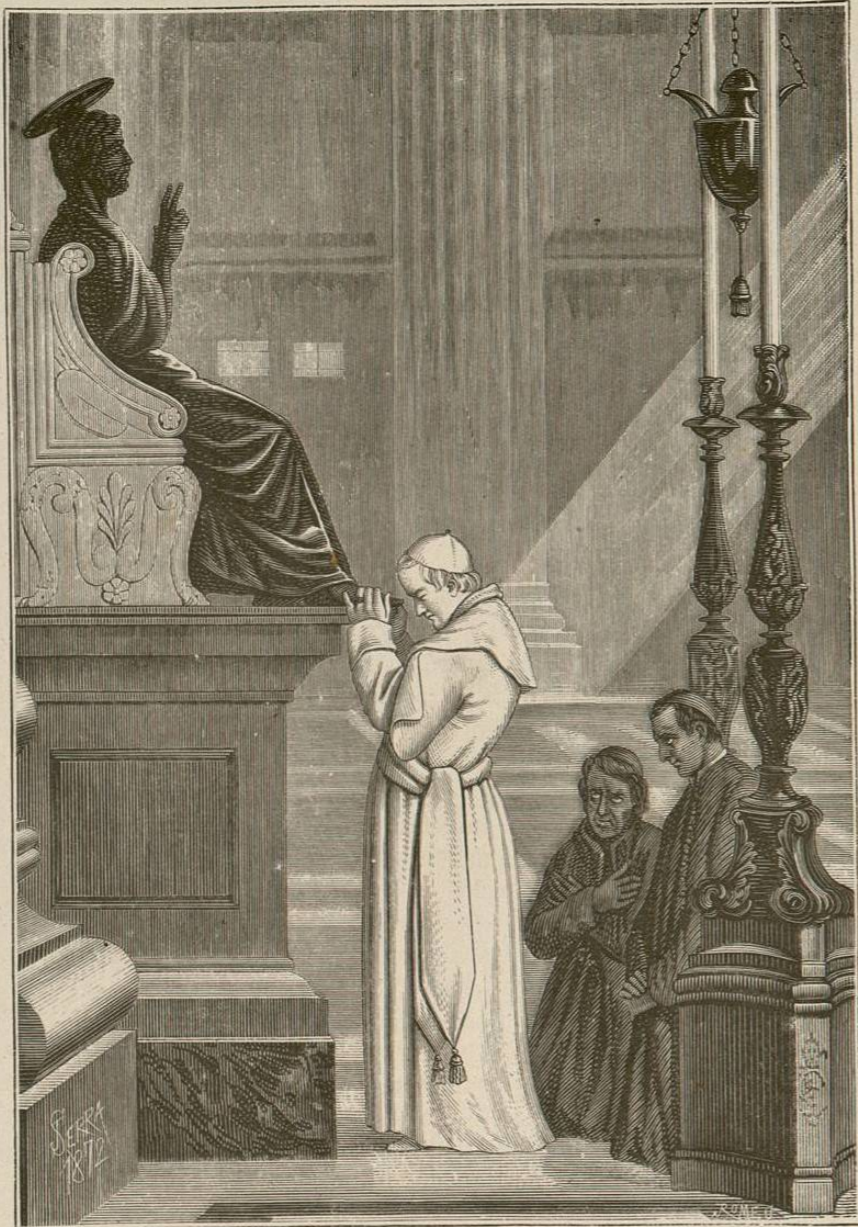
Cantóse allí el *Te Deum*.

(1) Hé ahí el orden del acompañamiento de Su Santidad en su entrada triunfal:

Abría la marcha un pelotón de caballería, y venían en seguida el general de división Guesviller rodeado de su Estado mayor, el prefecto de policía, el comandante Le Rousseau y su secretario general Mr. Maugin; los tres cardenales de la Comisión de Gobierno; un escuadrón de dragones pontificios; un escuadrón de dragones franceses; un escuadrón de cazadores franceses; un destacamento de gendarmería francesa; un correo del Papa; los guardias nobles á caballo; el coche pontificio tirado por seis caballos negros y enjaezados con arneses dorados.

El general en jefe Baraguay d'Hilliers marchaba á uno de los estribos, y cabalgaba al otro el príncipe Altieri, segundo comandante de la guardia noble, y le seguía un numeroso Estado mayor.

Cerraban la marcha un destacamento de guardias nobles, los carruajes de los cardenales y un escuadrón de dragones franceses.



PIO IX ORANDO ANTE LA ESTATUA DE SAN PEDRO.

¡Con qué propiedad se repetía el *Tu Rex gloriae, Christe*, cuando el enviado de CRISTO, el representante de su poder y de su doctrina, aparecía rodeado de la majestad triunfante y de la popularidad gloriosa!

¡Con qué fervor aquel pueblo amigo de los Santos, y que se honra de ser la heredad del Señor, oía que en su nombre se elevaba á Dios, en presencia de su Pontífice restablecido, el *Salvum fac populum tuum, Domine, et benedic hereditati tue!!!*

Aquel pueblo que se había visto al abismo de la incredulidad y de la anarquía; aquel pueblo que no podía orar sin verse expuesto á la sátira y á la persecución, oía que ya en su nombre ajustados coros pedían á Dios que le salvara: *Salvum fac populum tuum.*

Y su salud era suplicada por PRO IX, el Pontífice que había experimentado la eficacia de la plegaria de su alma, PRO IX, que volvía á estar entre sus hijos, no por las armas, no por la diplomacia, no por la tierra, sino por el brazo de Dios.

Ya el pueblo de Roma, que había sido declarado heredad de los hombres turbulentos de todas las naciones; heredad de los asesinos del condé Rossi y de Mons. Palma; heredad de Mazzini, de Garibaldi, de Sturbinetti, de los clubs, es proclamado otra vez *heredad del Señor.*

*Benedic hereditati tue!*

¡Oh! con qué verdad, con qué elocuencia, con qué entusiasta fervor PRO IX repitió el *In te, Domine, speravi, non confundar in æternum!*

Si, esperó cuando nadie esperaba; esperó en el Señor cuando, viendo cerrados para la justicia todos los caminos terrenales, muchos decían: *No habrá ya paz para el justo; esperó en el Señor, y no fue confundido; y ¡no lo será jamás!*

*Non confundar in æternum.*

El decano del *sacro Colegio* dió la bendición con el santísimo Sacramento.

Luego PRO IX se dirigió á orar un momento arrodillado ante la imágen de san Pedro erigida por san Leon en accion de gracias por haber libertado á Roma de los furores de Átila.

Átila había reaparecido de nuevo, y acababa de desaparecer otra vez. Oportuno era, pues, el recuerdo del nuevo Leon.

Roma transformó aquella noche en celestial fiesta.

Todos los encantos imaginables se congregaron en sus plazas y jardines; zambullíanse entre torrentes de luz los monumentos mas célebres de las artes y de la Religion; el Capitolio, San Pedro, el monte Pincio, la Trinidad de los montes, el Borgo, el Transtiber y las orillas del Tíber, todo se hallaba inundado de resplandor; la cúpula de San Pedro, iluminada segun el dibujo de Miguel Ángel, aparecía como una tiara adornada de deslumbrantes piedras.

Sin duda, al contemplar aquel espectáculo, los demagogos pertinaces se sentirían impulsados á exclamar: *Erravimus à via.*

En vano habían amenazado por medio de asquerosos pasquines que el puñal de Rossi besaría á cuantos se atrevieran á salir á la calle para recibir al *abate Mastai*; en vano, para aguar el gozo purísimo de los romanos, habían intentado dos noches antes pegar fuego al Quirinal; Roma despreció las bravatas de los cobardes incrédulos.

«Desde que el pueblo descubrió el cortejo pontificio, decia el corresponsal del *Diario de los Debates*, se manifestó poseído de un entusiasmo repentino,

como si instantáneamente hubiese brotado de la tierra una fuente de agua, cuyas corrientes se hubieran extendido por todos los campos. Podrá haberse notado en este pueblo tan artista, tan sensualista, tan disipado, la influencia del sol, del teatro, de todo lo que os parezca; empero es indudable que se notaba algo mas que todo esto en él... En este movimiento que ha llevado hoy la poblacion de Roma en masa á las plantas, y bajo la bendicion del Papa, se revela la fuerza de sentimientos exquisitos; veíase allí una de aquellas grandes emociones populares que no obedecen á una consigna meditada, y que son fruto de las entrañas nacionales.»

Crétineau-Joly comenta aquel grande suceso con las vivas consideraciones que caracterizan su estilo.

«La demagogia habia pasado por el campo del padre de familia, dice, cubriéndole de abrojos y maleza, y al padre de familia toca desbrozarlo y fecundarlo de nuevo.

«Como en Isaías el padre de familias decia á su pueblo: *Deshice como á nube tus iniquidades y como á niebla tus pecados: vuélvete á mí, porque te redimí.* No deseaba el pueblo otra cosa que volver á su príncipe; el hijo pródigo experimentaba necesidad de la bendicion del Pontífice y del perdón del Padre, pero consideraciones muy complexas retardaron la suspirada reconciliación.

«Al volver á Roma, protegido por las bayonetas católicas, queria el Papa entrar en ella como soberano independiente y como monarca libre de toda obligación; parecíale estribar en ello la dignidad del trono y del pontificado.

«Luego que su perseverancia, testimonio de su prevision y delicadeza, hubo triunfado en los consejos de Luis Napoleon y en los Gabinetes de Europa, Pio IX resolvió acceder al deseo del pueblo romano, y confiar su persona á la custodia del ejército victorioso.

«El nombre de soldados de Francia republicana sonaba muy mal á los oídos de varios cardenales y prelados, para quienes la bandera tricolor no dejara de ser la invasión del patrimonio de san Pedro, el cautiverio del Papa y una ruina real y positiva acompañada de una sombra de libertad fingida. Pio IX, empero, no participa de tales temores; la verdad es su ceñidor, la justicia su coraza, y sabiendo que los falaces labios de los antiguos cortesanos de la revolucion habian por fuerza enmudecido, no consiente en defender con espinos sus oídos, y para honrar á Francia y á sus gobernantes quiere darles una prueba de confianza.

«En 12 de abril de 1850, llevado en triunfo de Portici á Nápoles, de Nápoles á Terracina, de Terracina á Roma, entra en su capital en medio de aclamaciones populares, hermanadas con los tributos de devoción afectuosa que los jefes y soldados del ejército francés no cesan de prodigar á la Cabeza de la Iglesia. *Virtus de illo exibat et sanabat omnes.*

«En menos de sesenta años tres pontífices con el nombre de Pio fueron llamados por decreto de la Providencia á pelear contra la idea anticristiana. Los tres perdieron en la lucha la corona, los tres hubieron de salir desterrados á padecer las penas del cautiverio; sin embargo, la revolucion, á pesar de ser tal, nunca se ha atrevido á ir mas allá, y en un siglo en que las grandezas caídas y los príncipes destronados son tenidos por nada, vieron aquellos tres Papas aumentar su poderío espiritual á proporcion que crecian las calamidades temporales. Desde su cárcel su voz fue de un confin á otro del mundo mas respetada que desde la cátedra apostólica, y privados del trono conquistaron

influjo mas augusto, y la potestad de las llaves fue cada dia mas venerada. La persecucion fue para ella timbre de ensalzamiento, y cuando la cátedra de Pedro, colmada de ultrajes, parecia suspendida sobre insondables abismos, vióse que los huracanes mas y mas la afirmaban.

«Los golpes de la fortuna, la depravacion y ruina de los hombres, las combinaciones de la política, los furoros de la impiedad, todo viene á confirmar los celestiales decretos; defiende al Pontificado una mano protectora, y sírvele de muro la bendicion de Dios. Ultrajen, nieguen, amenacen y despojen sus enemigos en buen hora; lleve el Pontífice tiara de pedrería ó corona de espinas, sostenga su mano cetro ó caña, siempre es y será el Papa.

«Y tan cierto es esto, hasta tal punto queda demostrado por los mismos acaecimientos, que basta la historia de esos tres Pontífices para convencer á todos de su evidencia. Muere Pio VI en territorio extranjero, encarcelado por la revolucion, y pocos meses despues es llevado á la basilica de San Pedro el féretro de la víctima; y para inmortalizar al mártir y confesor, coloca Roma, por manos de Canova, la estatua de Pio VI junto al mismo sepulcro de los santos Apóstoles para glorificar á Pedro y Pablo en el inquebrantable esfuerzo de su sucesor. Á su vez Pio VII vuelve á su querida Roma al caer Napoleon; pero mas afortunado Pio IX que sus antecesores, en apariencia á lo menos, entra de nuevo en ella en el preciso momento que Luis Napoleon Bonaparte presenta su futura elevacion al imperio como prenda de libertad para la Iglesia y de sosiego para el Sumo Pontífice (1).

«Habíase propuesto la revolucion ahogar el Cristianismo en inmundo lodazal, y á pesar suyo, por la fuerza de las cosas, dan sus esfuerzos por resultado la victoria de la Sede romana.»

Mucho era lo que Pio IX debia trabajar para extirpar los males de su pueblo. Su corazon sensible veia brillar en las mejillas de sus súbditos lágrimas amargas, expresion del desconcierto social por la demagogia introducido. Á enjugarlas se dirigieron sus primeros esfuerzos.

No tardó el cuerpo diplomático á presentarse á los piés de su solio egregio para rendirle un testimonio de afectuoso respeto, y tambien para ostentar á la Europa revolucionaria que el Papa tenia á su lado á todos los Gobiernos decentes.

Cúpole al Sr. Martinez de la Rosa la gloria de expresar á Su Santidad los votos del cuerpo de embajadores, y lo hizo con aquel acento de fe profunda que es tan propio del lenguaje de la España católica; habló con el estilo conveniente á la patria de los concilios de Toledo y de las virtudes de Covadonga.

Hé ahí el texto del señor embajador español:

«Santísimo Padre: El cuerpo diplomático acreditado cerca de Vuestra Santidad se contempla muy dichoso al ofreceros en una ocasion tan memorable sus respetuosos homenajes y sus mas sinceras felicitaciones.

«Testigos de las virtudes evangélicas que Vuestra Santidad ha mostrado en los dias de prueba, y habiendo seguido á Vuestra Santidad en una tierra hospitalaria donde las huellas de tan venerable huésped no se borrarán jamás, debemos mirar como un beneficio de la Providencia el asistir al triunfo de la mas santa de las causas que tan visiblemente protege.

«Roma recibe con gozo dentro de sus muros á su Soberano, á su Padre,

(1) Crétineau-Joly creia en aquellos dias, como muchos hombres eminentes, en la sinceridad de los principios religiosos del imperio.